

2. La enseñanza del catecismo bajo un esquema histórico*

Lorenzo Milani

A todos nos preocupa la *ignorancia religiosa* de nuestro pueblo. Y no podemos decir que nuestro pueblo no haya acudido a la catequesis. Si algún chaval no ha venido a la iglesia, nos lo hemos encontrado en la escuela (tres años con 20 lecciones cada uno no es poca cosa).

Y tampoco se puede decir que vienen cuando son demasiado jóvenes. Al contrario, la infancia es precisamente la mejor edad para asimilar.

Digamos mejor que en nuestra enseñanza hay algo que no marcha. ¿Incapacidad nuestra, de los curas? No, porque también les va mal a los curas mejores. Entonces, lo que falla es el texto del catecismo.

Las fórmulas

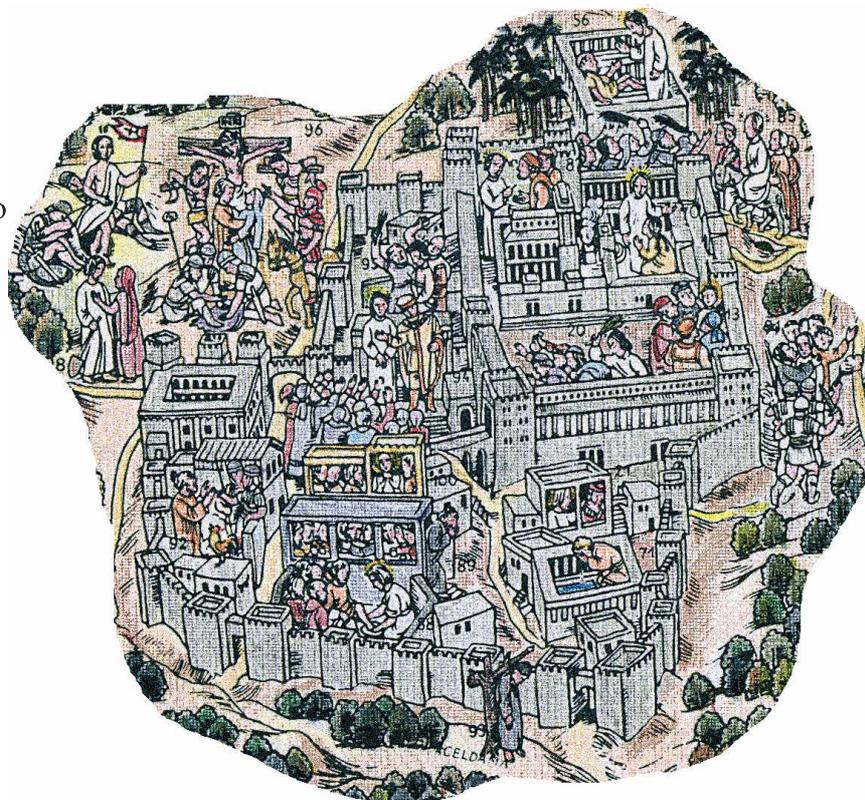
Si preguntamos a un cura joven cuál le parece el defecto más gordo de ese texto, es fácil que responda: “el sistema de fórmulas de memoria”.

Tiene algo de razón. La fórmula sintética nunca es un buen medio pedagógico. Su función es únicamente nemotécnica. Y, hasta desde el punto de vista estrictamente memorístico, para muchas cosas no es más que un estorbo más (por ejemplo, los sucesos, los asuntos complejos).

Aunque también hay conceptos fáciles de sintetizar. Y, aun en plena clase, nos será muy cómodo dar al botón y obtener la respuesta oral de toda la clase. (Ejemplo: Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre).

Lo mejor, por tanto, es no tener prejuicios y enseñar con fórmulas lo que se recuerda mejor con fórmulas y, sin ellas, lo que se recuerda mejor sin ellas. Así lo hacen ya, desde hace tiempo, una gran mayoría de los catecismos modernos extranjeros y, aquí en Italia, el de la Acción Católica, en parte.

* Este artículo propone un nuevo Catecismo y alude a una lección práctica (con escolares de 4º y 5º de Primaria) ante la Asociación de Maestros Católicos el día 22.4.1950. Milani lo quiso publicar, pero ninguna revista lo hizo, hasta que 16 años después de su muerte salió en el *Catechismo di don Lorenzo Milani* (a cura di M. Gesualdi, LEF, Firenze 1983) 39-50, [conservamos sus cursivas].



El esquema

Pero además de la forma hay algo mucho más profundo que se podría revisar: *el esquema mismo* sobre el que se ordenan nuestros catecismos.

El esquema sistemático

Ya es una costumbre seguir esquemas sistemáticos en la catequesis de los niños:

Ejemplo: 1ª parte, el Credo; 2ª parte, la Moral; 3ª parte, los Sacramentos; (el Credo por el orden de sus artículos; la Moral, por el de los mandamientos y preceptos; los Sacramentos, por orden de lista).

Puede que este método sea el más lógico. Pero que sea el más lógico no significa necesariamente que sea el más adecuado para los niños. Es un hecho que, desde un punto de vista

pedagógico, los esquemas sistemáticos presentan muchos defectos.

Defectos de los esquemas sistemáticos

Nos detendremos especialmente sobre uno de los más graves: *un esquema sistemático no puede poner en evidencia la importancia de la Historia Sagrada*. Y si el muchacho no comprende que la doctrina que estudia se fundamenta en hechos históricos muy concretos, sigue flotando en su mente en una atmósfera de abstracción e irrealidad perjudicial para su fe futura.

Es evidente que todos los catecismos que ponen la Historia Sagrada como apéndice, caen en este grave defecto. Desgraciadamente son la mayoría. Así que vamos a descartarlos y, a cambio, nos centraremos sobre un bellissimo texto que aborda el problema con decisión.

Es el texto que toda Francia ha adoptado recientemente. Se compone de 60 lecciones organizadas sobre el esquema sistemático usual. Pero cada una de ellas viene precedida por el trozo de Historia Sagrada más *adecuado*. No podemos sino admirar el progreso que representa este bello trabajo respecto de los textos que no se preocupaban lo más mínimo del vínculo con la historia sagrada.

Pero, ¿podemos decir que, al enlazar nuestra síntesis con algún hecho aislado, se establece ese vínculo con firmeza? ¿Qué acontecimiento de la Historia Sagrada es capaz por sí mismo de ilustrar exhaustivamente un punto dogmático cualquiera?

Ejemplo: la Encarnación. Se necesitan decenas de hechos evangélicos para enseñar *en todos sus aspectos* que Jesús era *verdadero hombre*. Decenas, para enseñar que era *verdadero Dios*. Decenas, para hacer comprender que este hombre y este Dios son *una única persona*.

Por lo demás, incluso si un solo hecho nos diese de verdad todos los elementos para una conclusión sintética, hay que ver si el muchacho lo pillá. La capacidad de razonar de un muchacho medio es poca. Mejor contar con su capacidad subconsciente de asimilación. Pero tal proceso de asimilación sólo llega tras conocer un gran número de hechos. Luego...

Así que, el método del fragmento de

Historia Sagrada como introducción a la lección no logra del todo el objetivo.

Y además, hay que destacar una cosa mucho más grave y es que, con un catecismo organizado todavía sobre el esquema sistemático habitual, *el orden cronológico* de esos episodios históricos *queda completamente alterado*.

La óptima edición de Bourges (Francia) del mismo catecismo trata de eliminar ese inconveniente a través de un índice cronológico. Pero pocos chicos se tomarán la molestia de usar sus notas para hacerse pieza por pieza su propia Historia Sagrada.

Por lo demás, un orden cronológico troceado será un serio obstáculo para que los hechos penetren con sus interrelaciones y su ambiente histórico y geográfico.

El esquema cronológico

No encontraríamos estos inconvenientes si construyésemos nuestro catecismo sobre un esquema cronológico en vez de lógico. *Es decir, en la práctica: si se enseñara solamente Historia Sagrada y se presentaran paulatinamente a los chicos las diferentes verdades de la fe, y sólo en el momento en que el hilo del relato nos ponga en condiciones de presentarlas como conclusiones y no como premisas.*

A un nivel puramente teórico, modificar así el orden lógico puede parecer una desventaja. Pero en la práctica ya se ha comprobado lo poco que cuenta la lógica en los chavales. Veamos, pues, las ventajas del esquema histórico.

Ventajas del esquema cronológico

a) En la expresión

La primera dificultad del catecismo es su *expresión*. *Y hay que advertir que en el catecismo esta dificultad no es sólo accidental, como en las demás enseñanzas, sino intrínseca incluso a la misma teología:* se trata de traspasar las cosas del cielo por los pobres sentidos de la carne; por mucho que hagamos no pasarán de ser *vagas analogías*.

Estando así las cosas, cuidado con no hacerlas aún más difíciles usando un vocabulario fuera del alcance de los niños. Por desgracia, en todos los catecismos hay algo de ese vocabulario. Es un lamento generalizado.

Probemos pues a ponernos en faena e intentemos “traducir” al lenguaje hablado nuestro viejo texto. Encontraremos enseguida palabras fáciles de eliminar.

Ejemplo: subvenir a las necesidades de la Iglesia; doctrina acerca de la fe; a modo de alimento etc. etc.

Pero hay muchísimas que no las sabríamos sustituir *dentro de esas fórmulas* con mejores términos.

Ejemplo: en la definición de Dios, ¿qué pondremos en lugar de *ser?*; ¿y en lugar de *perfectísimo?* ¿y en lugar de *Señor*, que ya se ha convertido en un nombre propio y ha perdido toda eficacia expresiva?, ¿quizás “Amo”?

Y, sin poderlos reemplazar ¿nos vemos obligados a explicarlos uno a uno? Así lo hemos hecho siempre oralmente. Y hay una edición del catecismo católico inglés que así lo hace precisamente en el propio texto (después de cada fórmula, hay un breve diccionario que trata de aclarar los conceptos de la fórmula).

No hay quien no vea lo poco afortunada que resulta una explicación que necesita a su vez de explicación. Ya es difícil hacer que un niño asimile un concepto desconocido mediante vocablos *conocidos*. ¡Figuraos si ni siquiera conoce los vocablos! Se pierden tiempo y energías en definirlos y resulta ineficaz. Porque un término definido está muy lejos de ser un término asimilado, es decir un instrumento válido de expresión.

¿Acaso es por definición como se adquieren las primeras palabras en la vida cotidiana del niño pequeño?

Ejemplo: pongamos un niño tan pequeño que todavía usa la tercera persona para hablar de sí mismo. Tratemos – con sugerencias, razonamientos, definiciones – de que descubra, hasta con una sola semana de antelación, el empleo de la primera persona. Trabajo en vano. *Lo conseguirá por sí mismo* sin darse cuenta, a su tiempo, tras haber vivido miles de ejemplos del empleo de las personas. Tal vez ocurra a los 18 meses, pero ese mismo concepto suele definirse en 6º de Primaria (y será utilísimo, también por otras razones, pero no para adquirirlo, porque a esas alturas, y desde los 9 años, el chico ya usa la primera persona con absoluto dominio).

Es pues *el uso*, y no la definición, lo que

nos hace adquirir el vocabulario. Pues bien: *con ese idéntico método, un catecismo histórico podría sortear la dificultad de los vocablos teológicos más difíciles.*

Tomemos el ejemplo más grande: Dios. El intento de definir a Dios está destinado al fracaso, precisamente por definición. Y esto es tan cierto que, por ejemplo, el aclamadísimo texto de la diócesis de Limburgo [Bélgica] ni siquiera intenta dar su definición y pasa directamente a hablar de Dios como de un concepto ya adquirido. Y es bueno que lo haga, porque cuando el niño cristiano se acerca al catecismo por primera vez, hace ya tiempo que reza a Dios y siente el peso de su ley. Pues, si un texto sistemático ha podido hacerlo así, ¿cuánto más podrá hacerlo un texto histórico, que haría vivir al niño – aparte la experiencia religiosa de su propia breve vida – también la de la historia judía, que está tan profundamente impregnada de Dios?

Igualmente se podría decir de todos los otros vocablos indefinibles e insustituibles, (por ejemplo, gracia, fe, sacrificio...).

Si los introdujéramos sabiamente y los repitiéramos progresivamente en diferentes momentos a lo largo de toda la Historia Sagrada, no tendríamos ya necesidad de definirlos. Brotarán por sí mismos poco a poco iluminados por el contexto, reclamados por el hilo mismo del relato que nos lleva a ellos.

b) En la impresión

Pero que nos dotemos así de medios de *expresión* verdaderamente eficaces no es la única ventaja del catecismo histórico. Más aún, la ventaja puede ser aún más evidente en el ámbito de la *impresión*. Baste decir que el catecismo histórico está compuesto exclusivamente de *hechos*.

(Nota: Los chicos aceptan como “hechos” también los discursos siempre que se relaten en su momento histórico, con todas sus circunstancias y especialmente con la reacción que provocaron. *Ejemplo*: el discurso de Jesús en Cafarnaum con el gran abandono que lo siguió; su declaración solemne en la fiesta de la Dedicación seguido de la inmediata fuga en Perea etc.).

Pues bien, que los hechos se graban en los chicos mucho más intensamente que los

razonamientos lo sabemos todos. Estamos tan convencidos que, quizás, algunas veces, al verlos tan embebidos en la historia nos hemos ilusionado con que también nos seguían en su aplicación. Pero, si nos planteamos un control (por ejemplo, un resumen escrito), nos llevamos una gran desilusión con la mayoría:

El hecho ha quedado grabado en sus más mínimos detalles. De su aplicación o conclusión no ha quedado *nada*. Si, luego, invitamos expresamente a los chicos a sacarla, brotan los errores más imprevisibles.

Un ejemplo clásico: el reloj demuestra la existencia del relojero, como lo creado demuestra la existencia del creador. No es difícil adornarlo un poco para que los chicos lo sigan. Los llevamos, por ejemplo, a la selva: “un salvaje encuentra por el suelo... un relojito activo de pulsera” (los chicos contienen el aliento). Si ahora probamos a describir la serie de hipótesis en aquella pobre cabeza negra, allí están también los chicos, dentro del cerebro de aquel pobre hombre; como él, piensan pobremente, como si ya no fueran chicos de nuestra época y de nuestro país. Probemos gradualmente a pasar a la aplicación sin romper el hechizo. La clase, por inercia, sigue a la expectativa. Parece que nos sigue aún perfectamente. Intentamos el resumen: la selva, el reloj, los razonamientos del salvaje, todo permanece... menos la única cosa que nos interesa: *su aplicación*.

Y cuanto más bonito es el hecho y con más brillantez se cuenta, tanto peor. La fantasía del niño es grande y le arrebatada alma y cuerpo fuera del tiempo y del lugar, pero su razonamiento es pequeño y no es capaz de recorrer todo ese tiempo y ese espacio y concretar una conclusión *que esté fuera del tiempo y del espacio*.

En un catecismo histórico, por el contrario – con tal de estar bien concatenado y ambientado – no se corre este riesgo. *Porque el hecho no se diferencia de la conclusión*. Despierta el interés en el chico y se le graba a fondo, porque toca su imaginación, *pero nunca lo arrastra fuera del objeto de la lección, porque él mismo es el objeto de la lección*.

Siempre en el ámbito de la impresión, aparte ésta inmediata, también hay que pensar un poco en el futuro. El mundo ateo a cuyo encuentro irá el muchacho con su fe de crío (¡a muy pocos

podremos también instruirlos de mayores!) quizás está del todo enfermo de ese mal de los chicos. El mundo de los adultos hoy también reclama “hechos” y no quiere pensar. Arruga la nariz ante el dogma de la Inmaculada Concepción descrito en la doctrina, pero luego se nos echa a llorar entusiasmado cuando eso mismo se lo repite una actriz en el papel de Bernadette. Lo mismo que hará con Cristo, apenas logremos hacerle compartir con él, poco a poco, por los caminos de Palestina, las alegrías y penas de aquella vida de hombre.

Alguno objetará que esta última es una razón de apologética, fuera de lugar cuando se habla de catecismo a los niños cristianos. Dirá que el catecismo no es para atraer a los lejanos, sino sólo para informar a los ya cristianos sobre lo que *deben* creer.

Puede que tenga razón. Pero, ¿“niños cristianos”? y, mañana, ¿lo serán todavía?; acaso hoy mismo ¿no están ya heridos en lo profundo, ellos, los hijos de esos ateos? Al contrario, ¿quién sabe si también el catecismo no tendrá que someterse pronto en busca de ideas apologéticas?

En el citado catecismo francés ya se encuentra más de una. Y, entre éstas, nada menos que... ¡*la prueba* de la existencia de Dios! Quizá no sea inaudito probar la existencia de Dios ¡a un niño cristiano que pudo haber recibido la Comunión esa misma semana!

Un precedente autorizado

Y por fin, último argumento: un precedente acreditado. *Dios en toda su revelación, Jesús en su corta vida, la Iglesia en su período misionero, no han utilizado otro catecismo mas que este: una sucesión de hechos históricos.*

Un ejemplo: el dogma de la Trinidad. Dios, antes de hablar de *Trinidad*, para arraigar en su pueblo la fe en la Unidad, ha utilizado *milenios de historia*. Tampoco Jesús habló nunca de Trinidad ni de Encarnación. No habría podido hacerlo sin riesgo de quebrar el ya tan tentado monoteísmo de su pueblo. *Pero tampoco había necesidad de decirlo, porque era él mismo y toda su vida la demostración viviente de la pluralidad de personas en Dios, aunque en la unidad de la naturaleza y, en él, en la dualidad de naturalezas aun en identidad personal*. En efecto, bastó esta catequesis sin palabras. Tanto es así que, después de la

resurrección, vemos a Jesús usar tranquilamente la novísima fórmula trinitaria como algo conocido hace tiempo.

También la Iglesia ha actuado así en su etapa misionera (¿y no volvemos a ella?...), si es verdad, como dicen los estudiosos, que los cuatro evangelios representan, ni más ni menos, la catequesis primitiva. En otras palabras, *el catecismo entonces consistía en un relato*: el relato de la vida de Jesús.

Realizaciones prácticas

El catecismo histórico – a falta por ahora de un texto – ya lo usan, más o menos en la práctica, varios jóvenes sacerdotes. Recientemente en Florencia, en la sede de la asociación Maestros Católicos, dos clases de Primaria, preparadas así, hicieron una demostración pública de la eficacia del método. Se prepararon exclusivamente sobre la Historia Sagrada (Antiguo Testamento en 4º y Nuevo Testamento en 5º), pero con una potente introducción sobre el entorno geográfico, histórico, político, religioso y sobre las fuentes. Las preguntas, en cambio, se hicieron en forma sintética. Para contestarlas, los chicos *buscaban las palabras* (alguno con dificultad, ayudándose incluso de gestos), pero no hubo forma de pillarlos en contradicción. Resultaba evidente que los conceptos estaban bien arraigados dentro de ellos, como *lo están los de las cosas vividas*.

Los muchachos de las escuelas normales de

catequesis, preparados con síntesis, pueden brillar por una mayor rapidez en las respuestas, pero si pierden una palabra (¡lo que no es raro!) no tienen tras de sí ningún apoyo sólido para su autocontrol. Son características, por ejemplo, las fórmulas que contienen una negación. ¿Quién no ha visto nunca a un chiquillo recitar expeditivamente: “Dios tiene cuerpo como nosotros, pero es espíritu purísimo”? Pobrecillo, ¡cómo regañarle, si tan solo ha olvidado dos letras! ¡Y sólo dos letras son un apoyo muy frágil para un conocimiento que tiene que durar toda la vida!

Conclusión

Esperamos que colaboren todos los catequistas para que nuestros chicos tengan pronto un texto inspirado en el método cronológico. Nos gustaría que consistiera en *una Historia Sagrada científicamente fundamentada, ilustrada con mapas y fotografías y con la doctrina sintética, al final de los capítulos, con pocas y esenciales fórmulas memorísticas*.

No nos importa que cada capítulo tenga sus propias fórmulas, ni que éstas estén dispuestas según un orden lógico; nos importará únicamente que *no aparezcan nunca antes de haber establecido bien su trasfondo histórico*. Sólo así, cimentadas sobre roca, confiamos en que puedan aguantar el choque con el mundo de hoy y el de mañana.

3. Aportación desde España a las *Obras completas* de Milani

Redacción

Los sucesores de Milani, empezando por su madre, no querían publicar un Catecismo que él mismo rechazó. Hasta 1983 no vio la luz, aunque circulaban copias y hasta Bolivia llegó una traducción española: “Jesús nuestro maestro” (Teko Guarani, Camiri, Bolivia 21992). Pero era suyo, y hasta su rechazo debía incluirse en sus *Obras completas*. Teníamos además otra razón: su idea de una Clase de Religión totalmente distinta. Desde *Educar(NOS)* propusimos su inclusión en las *Obras completas* y ha sido aceptada.

Ya el *Boletín del MEM 7* (1983) [primera etapa de *Educar(NOS)*] se había ocupado del Catecismo; y también:

- J.L. Corzo, “Dalla catechesi alla scuola, passando per il cinema: Lorenzo Milani”, in *Nuovi patti di pace. Saggi per Giovanni Catti nel settantesimo compleanno*, a cura di Giandomenico Cova, EDB, Bologna 1994, pp. 71-88.

- J.L. Corzo, “Don Milani. El Catecismo cronológico sobre la Vida de Jesús y el mapa de Palestina”, con “Apéndice documental” (curato da J.L. Corzo e F. Ruozzi): *Cristianesimo nella Storia* 35 (2014) 3, pp. 891-928 e 929-951.